

do bien demostrado que el gobierno carecía de la suma necesaria para su cumplimiento, por lo que ha debido estar sujeto á las entradas diarias.

Los capitalistas retraen formalmente sus capitales; las nascentes industrias vegetan de un modo miserable; el comercio cierra sus puertas ó las mantiene entornadas. La crisis económica no es ficticia, sinó real y profunda.

Respecto á la situación política, ella no puede ser menos halagadora. Los partidos, llamados á la reorganización, impulsados por sus cabezas dirigentes y aún por los mismos sucesos, á la vida activa, marchan, casi puede decirse, desalentados y sin fe en la estabilidad del actual régimen; marchan hacia los fines que sus principios les imponen, sin entusiasmo, oscurecida la lucha por el presentimiento de la desgracia.

Leal hasta su médula, la colectividad en cuyas filas militamos se ha dispuesto á ser fiel á este gobierno, y no ha desmayado ante tantos obstáculos calamitosos, ni ha arriado su bandera en el cuestismo; acaso sin más razón, que la razón contundente de no agravar el mal. Pero, nosotros mismos, que todavía respetamos el régimen imperante en oposición de la Carta fundamental y de la intransigencia que prepondera arriba, nosotros mismos dudamos del señor Cuestas y nos sentimos vacilantes viendo el abismo abierto ante la prosperidad de la república.

La legislación electoral dictada por el Consejo de Estado satisface todas las exigencias democráticas. Empero, en los registros recientemente llenados, el sufragio ha sufrido la primera violación. No inculpamos por ello al señor Cuestas, que bien podría ser ageno á los fraudes producidos. Las policías, en cambio, han tomado en estos actos parte muy activa. Los registros actuales superan á los viejos, pero están muy viciados y corrompidos, porque allí abundan las inscripciones que la ley prohíbe.

En la proclamación de candidatos no puede negarse que la opinión pública ha quedado un tanto satisfecha. Por vez primera después de algunas décadas, han surgido candidaturas realzadas con el brillo de la popularidad. Suponiendo que las autoridades no coarten el derecho del sufragio, queda otra cuestión para dilucidar: ¿podrán verificarse en Noviembre las elecciones? La mano negra de las sediciones ó de los motines, ¿no cerrará las urnas para el pueblo?

¿Cuán múltiples y complejos son los problemas en que se ve obligado á debatirse el gobierno provisional!

En este cuadro, resalta que la situación representa un verdadero progreso sobre las anteriores, pero que está preñada de dudas y desconfianzas.

Se destacan en él los tres poderes públicos, delineados así: el ejecutivo inconstitucional y

revolucionario; el legislativo, presa de esta revolución; el judicial, que se mantiene intacto, á pesar de haber sido siempre el más viciado y carcomido de todos. El poder ejecutivo vacilante, ávido de un asidero más seguro, acribillado por las contrariedades; el poder legislativo, fuerza útil esterilizada por la anomalía política y el choque sordo de tendencias opuestas!

X EL CAUDILLO DE 1897

(FRAGMENTO DE TRABAJOS INÉDITOS)

PARA "LA ALBORADA"

Aparicio Saravia es una personalidad interesante, que no será conocida lo suficiente para sus coetáneos, hasta tanto los elementos de juicio sobre cuya base deba ser juzgada no se sustraigan á la influencia de los errores y preocupaciones de la época.

Educado en la escuela primaria, creció y se desarrolló en los campos, consagrado á la ganadería, y aún á la agricultura, dentro de hábitos austeros, que fueron los de toda su familia. Heredó de sus genitores el amor al trabajo y la pasión por la tierra. Lo mismo cuida de una invernada con ojo experto, que guía con mano habilísima los bueyes aradores. Entiende de cruzamiento de razas y de mejoramiento de las especies, por experiencia y por sagacidad nativa. El cultivo intensivo no le coge de sorpresa. De una viveza de espíritu poco común, alcanza á penetrarse sin esfuerzo de las ventajas de los métodos modernos sobre las prácticas conservadoras de otro tiempo; y en materia de romper la costra para echar el grano, no es de los que se mantienen en el uso del arado de Moisés. Conoce los instrumentos y máquinas nuevas de labranza, y fuera su mayor anhelo de agricultor sesudo el utilizarlos en sus tierras en empresas en grande escala, si otras obras acometidas por el ciudadano y el partidario no hubiesen absorbido buena parte de su fortuna y arruinado sus grandes propiedades.

Recordamos que un día, durante la guerra, de paso el ejército por sus feraces campos del Coronilla, ordenó á falta de leña para los vivacs, pues el monte estaba lejos, que se quemasen los postes y estacones de los alambrados sin consideración alguna.

La ley de la necesidad, según su criterio recto, debía sentirse por igual sobre bienes de amigos y enemigos; pues la revolución no destruía por odios ó desagravios, sino á impulsos de aquella ley imperiosa. En todas partes, sin excluir las estancias de los más intransigentes adversarios, debían entregarse á los encargados las pieles de las reses para el consumo; y la carne sobrante si la había, á los pobres del vecindario, antes que de ella hicieran presa los perros y las aves de rapiña.

Su respeto á los intereses privados fué leve, tanto como el que tuvo sin reservas por

la vida de sus adversarios heridos ó prisioneros. Nunca vimos que mandase dar muerte á un hombre. En cambio, fué nos dado observar con verdadera satisfacción la suavidad y la templanza con que trataba á los vencidos, en entrevista breve, diálogo conciso y tono festivo, para darles completa libertad de allí á pocas horas, muchas veces estando frente á las posiciones enemigas.

Humano y generoso, solo era severo con el cobarde ó el ladrón, y esto, para aplicarles penas correccionales ó corporales, nunca la de la vida.

Soldado improvisado en medio de rudas contiendas fuera de su país, aprendió el arte derramando su propia sangre, y obteniendo grados y posiciones sobre la zona misma de terribles combates. A la experiencia adquirida, unió un robusto poder de iniciativa con luces vivas de inteligencia, un corazón lleno de alientos y un valor insuperable.

Conforme á esa práctica alcanzada en lucha prolongada con las mejores tropas de línea brasileñas, Aparicio Saravia peleó bien á su manera en 1897, y se retiró mejor cuando fué necesario buscarlo. La retirada de Cerros Colorados, según la autorizada opinión del coronel Lamas, que nos la participó más de una vez con elogio de las aptitudes naturales del caudillo, haría honor á cualquier general de escuela: «No hice más que asesorarlo en algún detalle;—agregaba el ilustre jefe de estado mayor:—le él fué la faena y el plan.»

En el combate, desenvolvía una rara energía y una actividad asombrosa. En el repliegue, solía llevarse hasta los muertos.

Susceptible de equivocarse en la mejor de sus combinaciones, lo salvaba no obstante la firmeza de la voluntad, y ponía empeño en corregir el error esponiendo su propia existencia. En esos momentos acerbos, llegaba á imponerse por completo su romántico denuedo.

Ha dado de su fortuna sin queja, y ha puesto al lote de los peligros su pujante personalidad belicosa. Todo lo ha arrastrado en pos de sí: hermanos, hijos y parientes, y los ha sometido á la prueba con éxito brillante. Su grande abnegación irradia sobre toda su familia. Contagia, sugestión y marca línea invariable de conducta.

Es que tiene indole guerrera y amor al renombre por las causas justas. No será un general de todas piezas, pero sí un caudillo sin parecido. En cambio, no pocos generales le son inferiores. El supo, acaso al más valeroso, encerrarlo con toda su tropa de línea en un cerco de piedras; sujetarlo allí á bala rasa por diez días, como un domador sujeta á la bestia por las melenas; y lo hubiera vencido á discreción si los cartuchos de repuesto llegaban á tiempo y el armisticio no sobreviene.

Expansivo, de un notable arrojo varonil, de empuje irruyente, resolución y audacia, Saravia no se dejaba estar en la pelea; moviase como un centauro, propugnaba incan-